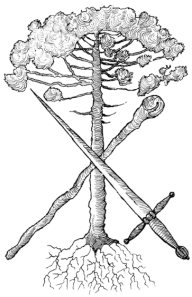
SERGIO MASCIOCCHI

HÉROES DE PIEDRA CORTADA



Áurea Ediciones

Capítulo 1
El Vórtice



Era una tarde calurosa en la ciudad de Runnar; las calles aún estaban atiborradas. A mediados de la estación Varin, las noches eran todavía cálidas por lo bajo, lo que era bueno para el negocio de las tabernas. Un bar en particular era muy popular con la gente de las divisiones Manowar y Valkir, El Vórtice. Un lugar donde la mayoría de ellos se reunía a compartir experiencias, aceptar algunos trabajos extra del tablón de anuncios y, por supuesto, beber hidromiel, vino y cerveza. Esa noche El Vórtice estaba repleto con sus clientes habituales sentados en sus sillas de madera, bebiendo de jarras de picoyo mientras jugaban Truco, el juego más popular en este lado de Mori-Khaz, un juego basado en mentir y fanfarronear. Como era habitual, todos comían lo que fuese que Hokkar,

dueño de El Vórtice, hubiese decidido cocinar.

Maximilian salió de las barracas hacia la taberna aquella tarde, con la intención de encontrarse con su enamorada, Xaravi, una joven doncella que era parte de la división Valkir de la academia. Su encuentro solo suponía ser uno más en una larga lista, pero ya estando en la taberna, la joven dama recibió una nalgada por parte de uno de los habituales del lugar mientras ella volvía desde el baño a su mesa. Maximilian, cadete de la división Manowar, no iba a soportar semejante insulto a su amada Xaravi y, a pesar de la prohibición de pelear fuera de una misión o en la excepción de encontrarse defendiendo la ciudad, saltó a la acción con la rapidez del viento. Maximilian era un hábil luchador para su edad, tenía apenas diecisiete años y ya había combatido contra muchos oponentes mayores que él, y esta vez no era la excepción. El bulto en la silla no tuvo tiempo de levantarse cuando ya había recibido un tremendo golpe en la nariz con la empuñadura de la espada. El hombre cayó sobre su espalda y así se inició una descomunal pelea. Xaravi, a pesar de ser una cadete de primer año, hizo su parte golpeando rufianes, pero el peso de la batalla lo cargó Maximilian y, rodeado como estaba, las cosas se pusieron color de hormiga rápidamente. El joven aprendiz daba lo mejor de sí, pero tenía problemas con el número de atacantes. De pronto, un agarre firme lo jaló fuera de la reyerta y tomó su lugar en ella.

Esa noche, Bohr estaba bebiendo su dosis diaria de hidromiel Bullkross más temprano, e intentaba mantener su bigote limpio cuando vio a su estudiante llegar a la taberna. Él estaba al tanto de la relación entre ambos jóvenes y la aprobaba. Ambos eran buenos estudiantes y compañeros empáticos. Bohr lo vio todo y supo que las cosas se pondrían

feas. Tan pronto como la pelea se salió de control, decidió que tenía que ayudar a su aprendiz. Lo arrastró fuera de la trifulca y tomó su lugar en el combate. Bohr mostró todas las razones por las cuales el Triunvirato lo había elegido a él como maestro de la división Manowar en la ciudad de Runnar. Él era un excelente peleador y golpeó a cada uno de los oponentes en frente suyo, sin siquiera pensar en desenvainar su espada.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo uno de los rufianes en un tono irritante—. ¿Acaso es un maestro de la academia peleando en una taberna? ¿Estás protegiendo a tu perro faldero? ¿No sería más fácil pedir tu salida de la ciudad inmediatamente? ¿Acaso no conoces la ley? ¡Las peleas de bares están prohibidas para la gente de la academia!

—Todos aquí sabemos que hubo una provocación al insultar a un miembro de la división Valkir; es el honor de ambos el que está en juego —respondió Bohr, indicando a los jóvenes involucrados.

—Bla, bla, bla. No creo que mi primo lo vea así —mientras el hombre de la voz irritante hablaba, la mayoría de los rufianes abatidos se ponían de pie—, y sabes que te hará pagar.

Quizá era el hidromiel en su cabeza, pero Bohr no notó que uno de los trúhanes de la taberna estaba blandiendo una espada hacia su nuca. El golpe malicioso estuvo a punto de dar en el blanco cuando un grito ahogado interrumpió la conversación entre Bohr y aquel horrible hombre. El atacante se convirtió en atacado, Maximilian reaccionó cuando vio a su mentor en peligro y apuñaló al sujeto salvando a Bohr de una muerte segura. El hombre yacía en el suelo despojado de su vida. La taberna guardó silencio por un momento y luego las acusaciones comenzaron.

Bohr sacó a Maximilian de la taberna. Él sabía que nada bueno sucedería de aquí en adelante. El tipo de la voz irritante era primo de Iorj, uno de los jueces a cargo en la academia y alguien que no sentía aprecio por Bohr.

—Escúchame bien, Maximilian; no dirás una palabra acerca de esto y si alguien llegase a preguntar, dirás que fui yo quien comenzó la pelea y que tú solo coincidiste en el lugar e intentaste sacarme de la taberna —dijo Bohr.

—Pero maestro —la voz avergonzada del joven aprendiz parecía el aullido de un cachorro de lobo—, fue mi culpa, no debí perder el control —su vista se clavó en el suelo, mientras intentaba decir algo inteligente que no fuese seguirse culpando. Maximilian sabía que era el estudiante predilecto de Bohr y que sus actos acarrearían grandes problemas en la academia.

Bohr regresó al interior de la taberna y se dirigió a todos ahí.

—Este hombre intentó asesinarme por la espalda —dijo apuntando al bulto ensangrentado que yacía en el suelo—. Y hasta donde yo recuerdo, yo lo maté —Bohr comenzó a desenvainar su espada lentamente—, supongo que todos estamos de acuerdo en aquello, ¿no?

—Pero maestro Bohr —Maximilian intentó interrumpir cuando vio la mirada en los ojos de Bohr.

—Vete ahora —dijo Bohr—. Esto es para ti, Hokkar, por todo el desastre y los clientes que huyeron sin pagar —dijo arrojándole una bolsa de monedas, la cual puso una amplia sonrisa en la cara de Hokkar—, y estas son para los ritos funerarios de este hombre —añadió, dejando caer unas pocas monedas sobre el cadáver.

No había nada más que decir. Como maestro de la academia Manowar, él debía ser un hombre ejemplar y todos

sus estudiantes podían dar fe de aquello, pero él no era el favorito de los jueces debido a sus métodos poco convencionales y su tendencia a desobedecer cuando creía que algo era injusto. Bohr volvió a las barracas sabiendo que de aquí en adelante todo iba a ser un desastre, pero sentía un aprecio genuino por Xaravi y Maximilian y sabía que el futuro de los jóvenes era prominente en la academia, en cuanto Maximilian aprendiese a controlar sus impulsos.

El camino a las barracas fue uno solitario e incómodo: las calles de Runnar no entenderían lo que había sucedido, los adoquines sueltos no harían tropezar sus problemas para que él pudiese escapar. Las paredes de piedra parecían encorvarse sobre él, sentía la ansiedad de saber que algo terrible sucedería y no podría evitarlo. Las barracas estaban a tiro de piedra y sus grandes puertas lo invitaban a entrar una vez más.

La habitación de Bohr era pequeña, ser maestro de la academia, no significaba grandes instalaciones, solo un cuarto en el segundo piso, con una cama, un pequeño escritorio, un baúl para guardar sus pertenencias y una ventana. Nada lujoso, enseñar a las futuras generaciones era de máxima importancia, pero era pobremente retribuido.

Esa noche, Bohr se recostó en su cama pensando cuánto tiempo tardarían los problemas en encontrarlo. La respuesta fue: no mucho.

Barranor, la estrella brillante, anunció el día con sus rayos. Su luz entraba por la ventana de la habitación cuando Bohr sintió un presuroso golpeteo en su puerta.

—Por orden de los jueces, la voz del Triunvirato de La Falange en Runnar, se le solicita presentarse en la corte en el plazo de una hora. ¿Ha escuchado y comprendido el mensaje? —exclamó la voz alta y dignificada al otro lado

de la puerta.

—Sí, escuché y comprendí —respondió Bohr.

—Tu respuesta será tomada como tu palabra, y faltar a tu palabra es fallarle a tu honor.

Se escucharon pasos alejándose de la puerta.

Bohr sabía que esto iba a suceder. El juez Iorj no dejaría escapar esta oportunidad. No hacía mucho tiempo, el líder de los jueces en Runnar era Crion Dalasor, un viejo Manowar, justo en sus decisiones y con aprecio por Bohr, su antiguo estudiante. Crion sabía de los métodos de Bohr, pero también sabía que era un buen hombre, con un espíritu más fuerte que su sentido común. Desde que Crion fue promovido a la academia de La Justicia Argéntea en Aguaverde, la escuela más importante en Mori-khaz, Iorj, un hombre de corta estatura, voz molesta y una necesidad desesperada por estar por sobre el resto, tomó su lugar. Uno de los peores días en la vida de Bohr. Iorj estaba celoso de la amistad entre Crion y Bohr y haría lo que fuera por sepultar al maestro de la división Manowar.

La academia de La Justicia Argéntea contaba con dos subdivisiones, las academias Manowar y Valkir, estas eran para hombres y mujeres respectivamente. Los tres miembros del jurado debían ser un representante de cada división, y uno asignado directamente desde Aguaverde. Iorj era el elegido por ellos.

Bohr caminó hacia la corte como si estuviese yendo hacia la horca. Cada estudiante ya estaba al tanto de que su amado profesor, el maestro de los guerreros Manowar, le había quitado la vida a un hombre en El Vórtice la noche anterior, y todos lo miraban con verdadera preocupación, ellos lo preferían a él por sobre cualquier otro profesor o instructor.

Las puertas de la corte dentro de la academia de La Justicia Argéntea eran gigantes, mucho más de lo necesario, pero esa era la intención: hacerte sentir pequeño, humilde y culpable. Bohr atravesó las puertas y vio a los tres jueces en el altar esperando por él. Para hacerlo peor, abrieron el juicio a la comunidad de Runnar; algo que solía hacerse solo con los peores criminales. Iorj mismo envió a sus hombres a esparcir la noticia para asegurarse de que el juicio fuese una experiencia de lo más humillante.

—¡Silencio, todos! —habló Iorj— ¡El juicio de Bohr Thunderspear, maestro de la academia Manowar de la Justicia Argentea, ¡ha comenzado! —acompañó sus palabras con un golpe de su martillo y continuó—. Señor Thunderspear, has sido acusado de asesinar a un hombre ebrio en El Vórtice, anoche. ¿Cómo te declaras?

—Me declaro… —Bohr midió sus palabras, aunque sabía lo que debía decir— culpable.

La gente en las tribunas dejó salir expresiones de asombro al darse cuenta de que Bohr no se defendía.

Una enorme sonrisa que creció en el rostro de Iorj, tanto que no podía ocultarla.

—Ya veo, y… —Iorj hizo una innecesaria pausa— ¿hubo alguien más involucrado en la pelea? —no podía evitar sonreír, ya saboreaba la victoria en sus labios.

—Solo yo, señor.

—Las leyes de La Justicia Argéntea son claras respecto a estos asuntos, Bohr —dijo la mujer que representaba a la división Valkir— y, en la mayoría de los casos, la familia del hombre muerto decidiría tu futuro, pero tus servicios a nuestra causa no pueden ser obviados ni olvidados, deberíamos...

—¡Dejar caer el martillo de la justicia sobre él! —Iorj